



© Schafgans, Bonn

MÁS ALLÁ DE LA CULPA Y LA EXPIACIÓN

*Tentativas de superación de
una víctima de la violencia*

Jean Améry

Traducción, notas y presentación de
ENRIQUE OCAÑA

SBD-FFLCH-USP



260363

PRE-TEXTOS

más todo aquello que solemos llamar resentimientos. También estos sentimientos permanecen y apenas tienen oportunidad de concentrarse en una espumante y catártica sed de venganza.

¿CUÁNTA PATRIA NECESITA EL SER HUMANO?

A través de los senderos de contrabandistas cruzamos la Eiffel nocturna e invernal, hacia Bélgica, cuyos aduaneros y gendarmes nos habrían prohibido pasar legalmente la frontera, pues llegábamos como prófugos, sin pasaporte ni visado, sin ninguna identidad civil jurídicamente válida. Fue un largo camino por la noche. La nieve nos cubriría hasta las rodillas; los abetos negros no parecían diversos a sus hermanos en la patria, pero eran ya abetos belgas, sabíamos que no nos daban la bienvenida. Un viejo judío que perdía cada dos por tres los chanclos, se aferraba al cinturón de mi abrigo, gemía y me prometía todas las riquezas del mundo a cambio de servirle como báculo: su hermano en Amberes era un hombre muy rico y poderoso. En algún lugar, tal vez en las cercanías de Eupen, nos recogió un camión y nos condujo al interior del país. A la mañana siguiente nos dirigimos mi joven mujer y yo a la oficina de correos de la estación de Amberes y telegrafiamos en un deficiente francés escolar comunicando que habíamos llegado

sanos y salvos. *Heurenusement arrivé* —era a comienzos de enero de 1939. Desde entonces he cruzado clandestinamente tantas fronteras que aún hoy me causa extrañeza y asombro pasar una estación de aduana en coche, bien equipado, con todos los documentos necesarios: siempre me late el corazón con fuerza, obedeciendo a un reflejo pauloviano.

Una vez llegados a Amberes felizmente y tras haberlo confirmado por cable a los parientes que habían permanecido en casa, canjeamos el dinero sobranante, en total quince marcos y cincuenta peniques, si no me falla la memoria. Tal era el capital con que, como se suele decir, debíamos comenzar una nueva vida. Habíamos abandonado nuestra antigua existencia. ¿Para siempre? Para siempre. Pero sólo ahora me doy cuenta, casi veintisiete años después. Nos lanzamos al exilio con unos cuantos billetes y monedas: ¡qué miserable! Quien no lo sabía, aprendió posteriormente en la vida cotidiana que el exilio encuentra su definición más fiel en la etimología de la palabra alemana «Elend»,¹ que en una temprana acepción alude también al destierro.

Quien ha conocido el exilio, ha encontrado respuestas a bastantes cuestiones vitales, y se ha planteado un número todavía mayor de interrogantes. Entre las respuestas se halla el reconocimiento aparentemente trivial del hecho de que no hay retornar, porque reintegrarse a un espacio no significa jamás recuperar el tiempo perdido. En cambio, entre las preguntas que ya desde el primer día penden sobre la cabeza del exiliado y no le abandonan más se encuentra una que intento iluminar en este ensayo —en vano, ya lo sé antes de haber comenzado—: ¿Cuánta patria necesita el ser humano? El resultado de mi tentativa tendrá escasa validez general, pues mi pregunta toma como punto de partida la situación específica del exiliado del Tercer Reich: es decir, alguien que no sólo quería, dadas las circunstancias, abandonar el país a toda costa, sino que ade-

¹ Miseria, pobreza, aflicción.

más tuvo que partir porque se sintió *acosado*. Pues por varias razones, mis meditaciones se diferenciarán notablemente de aquellas que podrían plantearse, por ejemplo, los alemanes que fueron expulsados de sus países natales en la Europa oriental. A éstos les arrebataron sus posesiones; perdieron casa y hacienda, negocios y patrimonio o tan sólo un modesto puesto de trabajo, además de sus tierras, prados y colinas, un bosque, un perfil de ciudad o la iglesia donde recibieron la confirmación. Nosotros también sufrimos todas esas pérdidas, incluidos seres humanos: compañeros del banco de escuela, vecinos, maestros. Se habían convertido en denunciantes o agresores, en el mejor de los casos en espectadores abochornados. Y perdimos la lengua. Pero de esta pérdida hablaremos más adelante.

Nuestro exilio tampoco se podía comparar al destierro voluntario de aquellos emigrantes que huyeron del Tercer Reich exclusivamente por sus convicciones. Para estos existía la posibilidad de llegar a un arreglo con el Reich, de retornar, mostrando tal vez arrepentimiento o lealtad silenciosa, y algunos de ellos, en efecto, lo hicieron, como el novelista alemán Ernst Glaeser. Para nosotros, que, a la sazón, teníamos prohibido el retorno y, por tanto, ni siquiera hoy nos sentimos capaces de regresar, el problema se plantea en términos más penosos y desalentadores. Hay una anécdota sobre este particular, que traigo a colación no por su valor humorístico, sino sólo por su utilidad ilustrativa. Se cuenta que tras el ascenso nazi por sus los emisarios del Ministerio de Goebbels visitaron repetidas veces al novelista Erich Maria Remarque en su hogar del cantón de Tessin, pues se pretendía persuadir a los escritores emigrantes «arios» para que retornaran a casa y se convirtieran, ya que, como tales, nunca habían degenerado del todo. Ante la rotunda negativa de Remarque, el embajador del Reich acabó preguntándole: «pero, en nombre de Dios, ¿no siente siquiera una pizca de nostalgia? ¿Nostalgia?, ¿a santo de qué?, parece haber replicado Remarque, ¿caso soy judío?»

En lo que respecta a mi identidad, era, sin lugar a dudas, judío, como pude advertir en 1936 tras la promulgación de las leyes de Nüremberg, y por tanto padecía y todavía padezco nostalgia, un dolor acerbo y consuntivo, que nada tiene que ver con la intimidad de las canciones populares, un dolor ajeno a las convenciones sentimentalistas y del que no cabe hablar en el tono caro a Eichendorff. Reconocí este sentimiento, por primera vez, de forma acuñante, cuando me dirigí a la ventanilla de cambio con sólo quince marcos y cincuenta peniques, y desde entonces ya no me ha abandonado, como tampoco me ha abandonado el recuerdo de Auschwitz, o de la tortura o del retorno del campo de concentración, cuando me encontré en el mundo con cuarenta y cinco kilos de peso y un uniforme de rayas; y volví a sentirlo con un gran alivio tras la muerte de la única persona por la cual había mantenido despiertas mis fuerzas durante dos años.

¿Qué era y qué es esa nostalgia? sufrida por aquellos desterrados del Tercer Reich a causa de sus convicciones al par que de su árbol genealógico? En este lugar, me sirvo a disgusto de un concepto que ayer aún estaba en boga, aunque probablemente los haya más certeros: mi nostalgia, es decir, nuestra nos-

¹ «Heimweh», literalmente, «dolor (Weh) del hogar (Heim)». El término «nostalgia» [nostos= regreso y «algos»= dolor] es el más cercano al alemán. De hecho, «Nostalgie», originariamente vocablo técnico de la medicina, ha acabado imponiéndose a «Heimweh» en el habla cotidiana. Su acuñador fue el médico suizo, Johannes Hofer, autor del tratado *De Nostalgia oder Heimwehe* (1868). Según Améry, el auténtico «Heimweh» supone autoextrñamiento [Selbstentfremdung] o autodestrucción [Selbstzerstörung] provocada por una «pérdida de patria» [Heimaterlust], lenguaje y pasado que convierte al judío desterrado en «pátrida» [Heimatlos]. El «Heimweh» tradicional, la añoranza patriótica sentimental no supone realmente una experiencia de extrañamiento o aniquilación de la propia identidad, una desradicación o consumación de la pérdida. La morriña es mera autoconmiseración [Selbstmitleid], melancolía [Wehmut] que no excluye la posibilidad de activar compensaciones sustitutorias o «sucédáneos de patria» [Heimatersatz].

talgia era una forma de autoextrñamiento. De repente, el pasado había quedado sepultado, ya no sabíamos quiénes éramos. En aquellos días no llevaba aún el pseudónimo literario de resonancias francesas, con que hoy firmo mis trabajos. Mi identidad estaba vinculada a un nombre modestamente alemán y al dialecto de mi región de origen.³ Pero yo mismo renuncié a hablar el dialecto desde el día en que un decreto oficial me prohibió llevar el traje regional que desde mi más tierna infancia había vestido casi siempre. También había perdido sentido el nombre con que los amigos me habían llamado toda la vida con una inflexión dialectal. En aquel momento aún me sirvió para la inscripción en el padrón de extranjeros indeseables del ayuntamiento de Amberes, donde los funcionarios flamencos lo pronunciaban de un modo tan extraño, que apenas era inteligible. Y también se habían desvanecido los amigos con quienes hablaba en mi dialecto natal. ¿Sólo ellos? No, por supuesto, todo cuanto había colmado mi conciencia, desde la historia de mi país que ya no era el mío, hasta las imágenes del paisaje, cuyo recuerdo reprimía: se me habían vuelto insufribles desde aquella mañana del 12 de marzo de 1938, cuando incluso desde las ventanas de las granjas apartadas flameaba la bandera roja como la sangre, con la esvástica negra sobre su fondo blanco. Me había convertido en un ser humano que ya no podía decir «nosotros» y que por tanto decía «yo» sólo por costumbre, pero sin el sentimiento de poseerse plenamente a sí mismo. Algunas veces, conversando con mis huéspedes de Amberes, más o menos benevolentes hacia mi persona, se me ocurría la siguiente objeción: entre nosotros es diverso. A mis interlocutores «bji ons» les sonaba como la cosa más natural del mundo.

³ El pueblo de Bad Ischl en Austria. Améry exploró sus orígenes, ligados a una visión romántica y conservadora de la naturaleza alpina, en dos ensayos autobiográficos: *Urmelsterliche Wanderjahre* [Años de peregrinaje nada magistrales] de 1971 y *Ortlicheiten* [Localidades] de 1976.

No obstante, me ruborizaba, pues sabía que se trataba de una mera presunción. Ya no era un yo y había dejado de vivir en un nosotros. Sin pasaporte, sin pasado, sin dinero y sin historia. Era sólo un árbol genealógico, compuesto de tristes cabaleros sin tierra y bajo anatema. Incluso se les había robado reactivamente su derecho patrio, y debía cargar con mis sombras en el exilio.

«V'n wie kimmt Ihr? –de dónde viene–, me preguntó en cierta ocasión en yiddish un judío polaco, para quien la errancia y el destierro pertenecían a la historia familiar, como para mí un sedentarismo absurdo. Si hubiera respondido que era oriundo de Hohenems, no habría sido capaz, por supuesto, de situarla geográficamente. ¿Y a quién importaba, a fin de cuentas, mi procedencia? Sus antepasados habían errado con el hatillo de pueblo en pueblo en torno a Lwow, los míos con el cañán entre Feldkirch y Bregenz. No había ninguna diferencia. Los esbirros de las SA y los de las SS eran un poco menos buenos que los cosacos. Y el hombre, al que en mi país llamaban Führer era mucho peor que el zar. El judío errante tenía más patria que yo.

Si se me permite en este punto dar una primera respuesta provisional a la pregunta que encabeza este capítulo, diría que el ser humano necesita tanta más patria cuanto menos pueda llevarse consigo. Existe, en efecto, algo así como una patria móvil o al menos un sucedáneo de patria. Puede ser una religión, como la judía. «El año que viene en Jerusalén», se prometían desde antaño los judíos en el ritual de Pascua, pero no importaba alcanzar realmente Tierra Santa, más bien bastaba con pronunciar la fórmula en común para saberse vinculados en el mágico solar patrio de Yáhvé, el Dios tribal.

El dinero puede también ser un sucedáneo de la patria. Todavía me parece ver al judío de Amberes que huyendo en 1940 de los ocupantes alemanes se sentó sobre un prado de Flannes, sacó del zapato su fajo de dólares y se puso a contarlos

con un fervor contenido. ¡Qué fortuna para usted llevar consigo tanto dinero en efectivo!, le dijo un compañero muerto de envidia. A lo que el contador de billetes, en un yiddish salpicado de flamenco, contestó con aire de dignidad: «In dezen tijd behoord de mens bij zijn geld». –En los tiempos que corren el hombre no es nada sin capital. Llevaba la patria consigo en buena divisa americana: *ubi dollar ibi patria*.

También la fama y el prestigio pueden temporalmente sustituir a la patria. En las memorias de Heinrich Mann *Ein Zeitalter wird bestichtigt*, leo estas líneas: «Alguien mencionó mi nombre al alcalde de París. Se dirigió hacia mí con los brazos extendidos: ¡C'est vous, l'auteur de *l'Ange Bleu*! Es la cima de la gloria». El gran escritor contaba la anécdota con ironía, pues sin duda le había ofendido que una personalidad francesa sólo le conociese por la adaptación al cine de una novela cuyo verdadero título desconocía. ¡Cuán ingratos pueden llegar a ser los grandes escritores! Heinrich Mann vivía amparado en la patria de la fama, por más que ésta sólo asomara graciosamente en las piernas de la Dietrich.

Perdido entre los prófugos que hacían cola ante la sede del Comité judío de socorro de Amberes para recibir el subsidio semanal, mi situación era de total desamparo. Los escritores de lengua alemana emigrados, a la sazón, famosos o sólo medianamente conocidos, cuyos testimonios del exilio se han reunido recientemente en el volumen «Destierro», publicado por la editorial Wegner, coincidían en París, Amsterdam, Zürich, Sarney-sur-mer, Nueva York. También ellos compartían preocupaciones y hablaban de visados, permisos de residencia, cuentas de hotel. Pero en sus conversaciones se aludía además a la crítica de un libro recién publicado, a una reunión de la Asociación de escritores o a un Congreso internacional anti-fascista. Vivían asimismo en la ilusión de que eran la voz de la «verdadera Alemania», que en el extranjero podía alzarse bien alta en defensa de aquella patria que el nacionalsocialismo había

aherrojado. Nada semejante a esto se daba entre nosotros, gente anónima. No jugábamos con la quimera de una Alemania verdadera que supuestamente llevaríamos en nuestro corazón, no participábamos de aquel ritual formal de una cultura alemana custodiada en el exilio para días mejores. Los prófugos anónimos vivían una existencia social más ajustada a la realidad alemana e internacional: la conciencia determinada por esta existencia permitía, exigía, forzaba un conocimiento más profundo de la realidad. Sabían que eran proscritos y no conservadores de un museo invisible de la historia del espíritu alemán. Comprendían mejor que se les había condenado a ser apátridas, y puesto que no disponían de ningún tipo de sucedáneo de patria móvil, podían reconocer con mayor precisión, cómo arraiga la necesidad de patria en el ser humano.

Por supuesto, me disgusta sobremanera que se me tome por la última retaguardia de las huestes de «sangre y suelo», y, por tanto, deseo dejar bien claro que también tengo plena conciencia del enriquecimiento y de las oportunidades que nos ofreció la existencia apátrida. Sé apreciar cuánto significó para mí la apertura al mundo posibilitada por la emigración. Cuando me fui al extranjero, apenas conocía el nombre de Paul Eluard, pero reputaba como una importante figura literaria a un escritor llamado Karl Heinrich Waggerl. Cuento a mis espaldas con veintisiete años de exilio, y mis compatriotas espirituales son Proust, Sartre, Becker. Pero aún sigo convencido de que es preciso tener compatriotas en las calles de pueblos y ciudades, si se quiere gozar a fondo de los compatriotas espirituales, y de que un internacionalismo cultural sólo puede crecer pujante sobre el terruño de la seguridad nacional. Thomas Mann vivía y discutía en la atmósfera anglosajona internacional de California y escribió con los bríos de la autoconciencia nacional el *Faustus*, una novela ejemplarmente alemana. Léase *Les mots*, el libro de Sartre y confróntese con *Le Traître*, la autobiografía de su discípulo, el emigrante André Gorz: en Sar-

re, puro francés, la superación y asimilación dialéctica de la herencia de los Sartre y de los Schweitzer, dan valor y peso a su internacionalismo; en Gorz, el emigrante medio judío y austriaco, encontramos una búsqueda vehementemente de identidad, tras la cual no se oculta sino el anhelo de aquel enraizamiento en la tierra natal, de la que el primero se desarraiga con orgullo y virilidad. Es preciso tener patria para poder prescindir de ella, así como el pensamiento presupone necesariamente el campo de la lógica formal para poder trascenderlo hacia territorios más fértiles del espíritu.

Ha llegado el momento de aclarar qué significado confiero a aquello que como patria se me revela tan imprescindible. Cuando reflexionamos sobre su sentido, debemos liberarnos de las nociones heredadas, de los clichés románticos, que, sin embargo, reencontraremos, a su vez, modificados, una vez que nosotros mismos nos hemos transformado en un punto más elevado de la espiral reflexiva. Si nos limitamos al contenido psicológico positivo del concepto, «patria» significa *seguridad*. Cuando retorno en la memoria a los primeros días del exilio en Amberes, recuerdo una sensación de tambaleo sobre un suelo inestable. El simple hecho de que los rostros de los seres humanos se mostraran indescifrables provocaba ya terror. Estaba sentado bebiendo cerveza con un hombre grande y fornido, de cabeza cuadrada, probablemente un sólido burgués flamenco, tal vez, incluso, un patricio, pero no cabía excluir que fuese un maleante portuario, dispuesto a partirme la cara y a violar a mi mujer. Rostros, gestos, trajes, casas, palabras (incluso cuando las entendía a medias), eran realidades sensoriales, pero no signos legibles. Para mí ese mundo carecía de todo orden. La sonrisa de un funcionario de policía que controlaba nuestros papeles ¿era bonachona, indiferente o sarcástica? Su voz profunda ¿delataba enojo o expresaba benevolencia? No lo sabía. El viejo judío barbudo, cuyos sonidos guturales interpreté siempre como frases, ¿tenía buenas intenciones para con

nosotros o nos odiaba? A fin de cuentas, nuestra simple presencia en el paisaje urbano ¿no predisponía en su contra los ánimos de una población local cansada de lo extranjero, atormentada por crisis económicas y por tanto inclinada hacia el antisemitismo? Vaclaba a través de un mundo, cuyos signos me resultaban tan incomprensibles como la escritura etrusca. A diferencia, sin embargo, del turista, para quien semejante situación puede suscitar un extrañamiento excitante, yo dependía de ese mundo grávido de enigmas. El hombre con la cabeza cuadrada, el agente de policía con la voz cavernosa, el judío gutural, eran mis señores y patrones. En ciertas ocasiones, ante ellos me sentía más vulnerable de cuanto me parecía en mi país frente a los hombres de las SS, pues respecto a estos sabía al menos que eran estóridos y brutales y que intentaban eliminarme.

Patría es seguridad, decía. En la patria dominamos absolutamente la relación dialéctica entre conocer y reconocer, entre espera confiada y confianza plena: puesto que la conocemos, la reconocemos y nos atrevemos a hablar y a obrar, porque podemos depositar una confianza razonable en nuestra capacidad de conocimiento-reconocimiento. El campo semántico de expresiones afines como *fiel* [treu], *fiarse* [trauen], *confianza* [Zutrauen], *confiar* [anvertrauen], *confidencial* [vertraulich] y *confiado* [zutraulich] pertenece al ámbito psicológico más amplio del sentirse-seguro [Sich-sicher-Fühlens]. Pero uno se siente seguro donde no cabe esperar ninguna contingencia, donde no cabe temer ningún fenómeno extraño. Vivir en la patria significa que lo ya conocido vuelve a acontecer con mínimas variaciones. Esta vida puede conducir a la desolación y a la marchitez espiritual en el provincialismo, si sólo se conoce el propio terruño. Pero si nos niegan nuestro lugar de origen, sucumbiremos al caos, la turbación y la dispersión.

En todo caso cabría objetar que quizás el exilio no sea después de todo un mal incurable, puesto que durante una larga

estancia y convivencia en el extranjero es posible transformar lo extraño en nuestro hogar. A eso se le suele llamar encontrar una nueva patria. Y encierra una verdad en cuanto cabe aprender muy lentamente a descifrar los signos. En ciertas circunstancias, en un país extranjero, podemos sentirnos hasta tal punto «en casa» que al final logremos incluso identificar social e intelectualmente a los seres humanos según su modo de hablar, sus facciones y sus ropas, reconocer a primera vista, frente a un edificio, factores como edad, función y valor económico, relacionar sin esfuerzo a los nuevos conciudadanos con su historia y folklore. Con todo, incluso en el caso favorable de que el exiliado llegue al nuevo país ya como adulto, el desciframiento de los signos no es una reacción espontánea, sino un acto intelectual que exige cierto esfuerzo espiritual. Sólo aquellas señales que hemos recibido muy precozmente, que hemos aprendido a interpretar al par que tomamos posesión del mundo externo, se convertirán en elementos constitutivos y permanentes de nuestra personalidad: así como se aprende la lengua materna sin conocer su gramática, nos familiarizamos con nuestro lugar de origen. Lengua materna y tierra natal crecen con nosotros, arraigan en nuestro interior y crean esa sensación de familiaridad que nos garantiza la seguridad.

Y aquí nos volvemos a topa con la concepción tradicional de patria, que nos llega por mediación de la canción popular y de la sabiduría proverbial trivial, que he eludido hasta el momento. ¡Cuántas reminiscencias inoportunas suscita! Cuentos narrados por la vieja ama, el rostro de la madre antes de dormimos, perfume de lila del jardín del vecino. ¿Y por qué no incluir el corro de hileras y la ronda junto al tilo del pueblo que la gente de nuestra condición sólo conoce de forma libre-casa? Se querría de buena gana ahuyentar los tonos penosamente idílicos que se asocian a la palabra «patria» y que evocan retahílas de ideas harto negativas: «Heimatkunst» [arte popular], «Heimatdichtung» [poesía regionalista] y patriotías de toda

laya. Pero son tercias, nos siguen muy de cerca, refuerzan su eficacia. La palabra «patria» no tiene por qué hacernos pensar de inmediato en alguna especie de inferioridad espiritual. Se puede seguir considerando a Carossa el escritor mediocre que siempre fue. ¿Pero qué sería Joyce sin Dublín, Joseph Roth sin Viena, Proust sin Illiers?⁴ Las historias del ama de llaves François y de la tía Leonie en la *Recherche* son también «Heimatdichtung». El hecho de que la inercia retrógrada se haya apoderado de lo patriótico en su conjunto no nos obliga a ignorarlo. Digámoslo una vez más con toda claridad: no existen «nuevas patrias». La patria es la tierra de la infancia y de la juventud. Quien la ha perdido, se convierte en un errabundo, por más que en el extranjero haya aprendido a no tambalearse como un borracho y a hollar el suelo sin temor.

En este punto, me importa determinar el alcance y los efectos que la pérdida de patria tiene sobre nosotros, exiliados de Tercer Reich. Por tanto, creo necesario tratar a fondo cuanto me he limitado a sugerir hasta el momento. Comprendí realmente todas las implicaciones de esa pérdida, sólo cuando en 1940, la patria nos persiguió bajo la forma de tropas de ocupación alemanas. Recuerdo un incidente particularmente inquietante que sufrí en 1943, poco antes de mi detención. Nuestra célula de resistencia contaba, a la sazón, con una base en el apartamiento de una muchacha; allí se encontraba la máquina multicopista, con que imprimíamos nuestros panfletos ilegales. La joven y temeraria muchacha, que más tarde pagaría también con su vida, en medio de la conversación había aludido, como de paso, al hecho de que en su casa se hospedaban «soldados alemanes»; circunstancia que nos había parecido más

⁴ El propio Améry trazó su autobiografía en *Locahädes* (1976) a través del peregrinaje por los diversos lugares de su vida: «Bad Ischl-Viena», «Colonía-Arnberes», «Gurs-Bruselas», «Zurich-Londres» y finalmente un capítulo titulado «Mis escenarios alemanes».

bien favorable para la seguridad del alojamiento. Un día ocurrió que nuestras conversaciones y nuestros manejos perturbaron la siesta del alemán que se alojaba bajo nuestro escondite. Subió las escaleras, golpeó fuertemente a la puerta, y cruzó el umbral raconeando estrepitosamente: ¡un hombre de las SS con las solapas negras y el distintivo de los cuerpos de seguridad del Estado primorosamente bordado! Nos quedamos pálidos del susto de muerte, pues en la habitación contigua ocultábamos los utensilios de nuestro trabajo propagandístico que ¡ay! no suponía una gran amenaza para la seguridad del Reich. Pero aquel hombre, con la chaqueta de uniforme desabotonada, los cabellos revueltos y los ojos adormilados, no pretendía cumplir con su oficio de sabueso, y dando voces sólo exigía silencio para sí y sus camaradas cansados del servicio nocturno. Expresaba su protesta —y esto era para mí lo realmente espantoso de la escena— en el dialecto de mi región. Hacía tiempo que no había oído esa cadencia y por ello se despertó en mí el absurdo deseo de responderle en su propio dialecto. Me encontraba en un estado afectivo paradójico, casi perverso, que se componía de un miedo tembloroso al mismo tiempo que de una arrebatada y familiar cordialidad, pues el tipo, que en ese instante no me quería precisamente con vida, cuyo trabajo, ejecutado alegremente, consistía en enviar a gente como yo, en las mayores cantidades posibles, a un campo de la muerte, se me apareció súbitamente como un potencial camarada. ¿No habría bastado con dirigirle la palabra en su lengua, en mi lengua, para después celebrar con vino una fiesta de reconciliación entre compatriotas?

Afortunadamente, el miedo y el control racional fueron bastante fuertes como para hacerme desistir de ese absurdo propósito. Balbuceé en francés alguna disculpa que pareció tranquilizarle. Tras dar un portazo abandonó tanto el lugar de subversión como a mí mismo, la presa —puesta en guardia por el destino— de su deber de soldado y su pasión de cazador. En

ese instante comprendí *total* y definitivamente, que la patria era tierra enemiga y que el buen paisano había sido enviado por la patria hostil para eliminarme.

Fue una experiencia harto trivial. Pero jamás habría podido ocurrirle algo semejante ni a un refugiado de las provincias orientales de Alemania, ni a un prófugo del régimen hitleriano que en Nueva York o California se dedicase a soñar sobre la quimera de una cultura alemana. El refugiado de los territorios orientales sabe que un poder extranjero ha ocupado sus tierras. El emigrante representante de la cultura, desde su seguro exilio, creía que seguía tejiendo el hilo del destino de una nación alemana sometida sólo provisionalmente bajo el dominio nacionalsocialista, un poder asimismo extraño. Nosotros, sin embargo, no habíamos perdido la tierra, sino que nos veíamos obligados a reconocer que jamás la habíamos poseído. Todo cuanto tenía que ver con esa tierra y sus gentes representaba para nosotros el error de una vida entera. Lo que recordábamos como el primer amor, era, según decían allí, infamia racial. ¿No era pues sino mimetismo lo que juzgábamos que había conformado nuestro ser? Quienes durante la guerra vivíamos bajo la ocupación de la patria enemiga, considerábamos inconcebible juzgarla oprimida por un poder extranjero, sin perder al mismo tiempo la honestidad intelectual: aquellos compatriotas con los que –ocultos tras los idiomas nacionales de Bélgica, camuflados con trajes de corte y gusto belgas– nos topábamos casualmente en calles y tabernas, mostraban demasiada buena conciencia. Se alineaban con unanimidad incondicional del lado de su Führer y sus empresas, cuando en un alemán voluntariamente distorsionado les dirigíamos la palabra. Cantaban con las fervorosas voces de una juventud creyente que quería marchar contra el país de los anglos. Y a menudo también entonaban, durante las marchas, una canción asaz disparatada sobre judíos que errando de un lugar a otro, atravesaban el Mar Rojo, hasta que finalmente las olas se los tragaban

y el mundo recobraba la paz; esto también delataba fuerza rítmica y asentimiento. La patria nos había dado alcance bajo ese aspecto, y de este modo sonaban a nuestros oídos las campanas de nuestra lengua materna.

Ahora se comprenderá mejor lo que quería decir cuando aludía a la cualidad totalmente novedosa de nuestra nostalgia, ajena a las convenciones literarias del sentimentalismo. La nostalgia tradicional, claro está, la habíamos recibido como un pequeño regalo complementario. La hacíamos aflorar nosotros mismos en forma de pretenciosa melancolía, porque no teníamos derecho a tal sentimiento, cuando en el exilio hablábamos de nuestra patria con los habitantes del país. Entonces se manifestaba y se repantigaba en la beatitud de su llanto, porque frente a los belgas debíamos presentarnos bien o mal como alemanes o austríacos, dicho con más precisión: lo éramos incluso en esos momentos, puesto que nuestros interlocutores nos imponían la patria y nos prescribían el rol que debíamos representar. La nostalgia tradicional era para nosotros –y lo es para cualquiera que se deje embargar por la morriña– autocompasión consoladora. Sin embargo, amagaba siempre la conciencia de que suponía una apropiación ilegítima. En algunas ocasiones podía ocurrir que, desinhibidos por el alcohol, cantáramos a los belgas de Amberes canciones populares en dialecto, les habláramos de las montañas y ríos de nuestro hogar, mientras nos secábamos furtivamente las lágrimas. ¡Qué embustes del alma! Eran viajes a casa con documentos falsos y ámbulos genealógicos robados. Teníamos que fingir nuestra propia identidad, a la que empero no teníamos derecho ¡Empresa mendaz y descabellada!

La nostalgia *auténtica*, la nostalgia principal, si se me permite plagiar a Thomas Mann respetuosamente, era de otra clase y nos sobrevvenía cuando estábamos a solas con nosotros mismos. Entonces no sonaban canciones, no se evocaban entusiásticamente paraísos perdidos, no se humedecían los ojos

ni se guiñaban en búsqueda de complicidad. La nostalgia auténtica no era autocompasión, sino autodestrucción. Consistía en el desmantelamiento pieza por pieza de nuestro pasado, lo que no podía suceder sin sentir desprecio por sí mismo y odio al yo perdido. Aniquilábamos la patria hostil, y al mismo tiempo exterminábamos el fragmento de la propia vida que se entreteja en ella. El odio a la patria combinado con el odio a sí mismo nos hacía sufrir, y el dolor se intensificaba hasta lo insostenible, cuando en medio del trabajo fatigoso de autaniquilación de vez en cuando se inflamaba la morriña tradicional y reclamaba su parte. Aquello que era nuestro deseo apremiante y nuestro deber social odiar, de repente se situaba ante nosotros y exigía añoranza: un estado totalmente insufrible, neurótico, contra el que fracasaba toda cura psicoanalítica. Sólo la praxis histórica habría podido actuar como terapia, a saber: la revolución alemana y con ella el vehementemente deseado nuestros compatriotas de vernos regresar. Pero la revolución no tuvo lugar, y nuestro retorno sólo provocaba una situación embarazosa para la patria, cuando finalmente el poder nacionalsocialista se quebró por la intervención de fuerzas externas.

En los años del exilio la relación con la lengua materna era afín a la relación con la patria. En un sentido muy preciso también hemos perdido nuestra relación con el idioma vernáculo y sin poder introducir ningún procedimiento de resitución. En el libro «Destierro», citado anteriormente, leo una observación de escritores alemanes exiliados, leo una observación del filósofo Günther Anders, en que se dice:

Nadie puede desenvolverse durante años exclusivamente en medios lingüísticos ajenos sin sucumbir a su inferioridad comunicativa y en el mejor de los casos sólo repetirá maquinalmente series de sonidos, de forma insuficiente... Aún no habíamos aprendido a hablar el inglés, el francés o el español, cuando nuestro alemán comenzó a des-

moronarse pieza por pieza, y casi siempre de modo tan furtivo y paulatino que no nos dábamos cuenta de la pérdida.

Sin embargo, el problema lingüístico del exiliado no se agota, ni mucho menos, en este punto. En vez de un «desmoronamiento» de la lengua materna, preferiría hablar de su atrofia. En efecto, nos desenvolvíamos no sólo en una lengua extranjera, sino también, cuando nos servíamos del alemán, en el espacio cada vez más mermado de un vocabulario reterrativo. En virtud de una necesidad férrea, las conversaciones con nuestros compañeros de infortunio giraban siempre en torno a los mismos temas: en un primer momento sobre cuestiones de sustento, sobre permisos de residencia y pasaportes, posteriormente, bajo la ocupación alemana, sobre el peligro de muerte. Nuestros interlocutores no nutrian nuestro lenguaje con nueva savia, sólo nos devolvían el reflejo de la nuestra. Girábamos siempre en el círculo de los mismos temas, las mismas palabras, las mismas frases, y como máximo enriquecíamos nuestra lengua del modo más odioso, a saber: introduciendo negligentemente préstamos de la lengua del país de acogida.

Del otro lado, en la patria hostil, la realidad lingüística seguía su curso. La lengua que allí se estaba formando no era precisamente bella, claro que no. Pero era —incluidos los «Feindbomber» [bombarderos enemigos], la «Kriegswirkung» [efectos de la guerra], la «Frontleiste» [el mando del frente], sin excluir tampoco ninguna de las expresiones de la jerga nazi en sentido estricto— una lengua de la *realidad*. Todo habla evolucionada es discurso alegórico, ya nos cuente la parábola de un árbol que terciamente eleva hasta el cielo una rama desnuda, o la leyenda del judío que insufla venenos asiáticos en el cuerpo del pueblo alemán. La realidad sensible ofrece siempre material alegórico. Se nos había excluido de la realidad alemana y por tanto, también de la lengua alemana. La mayoría de noso-

tros rechazaba aquellos jirones de lengua que el viento transportaba desde Alemania hasta los países ocupados, alegando el argumento en principio válido, pero sólo aplicable parcialmente en la práctica, según el cual en Alemania se estaba corrompiendo la lengua alemana, de modo que nuestra misión consistía en mantenerla «pura». Con todo, estos compañeros de infortunio hablaban por un lado una jerga de emigrantes, y por otro lado, una lengua artística que se desfiguraba y envejecía a todas luces; y además ni siquiera barruntaban que una gran parte del patrimonio lingüístico o, mejor dicho, de la menor terosidad lingüística de aquel tiempo se conservaría en Alemania, mucho después de la caída de Hitler, y que estaba destinada a su vez a incorporarse al lenguaje literario.⁵

Otros, como era mi caso, intentaban desesperadamente aferrarse a la lengua alemana que no cesaba de evolucionar. Yenciendo una profunda repugnancia, leía diariamente la *Brüsseler Zeitung*, el órgano de las fuerzas alemanas de ocupación en la Europa del Este. No ha corrompido mi lenguaje, pero tampoco le ha ayudado a mejorarse, pues yo estaba excluido del destino de la comunidad alemana y, por tanto, también de la lengua. «Bombarderos enemigos» [«Feindbomber»], bien, pero para mí esta palabra designaba a los aviones alemanes, que reducían las ciudades inglesas a ruinas, y no a las fortalezas volantes de los americanos que realizaban el mismo trabajo en

⁵ Sin duda, Améry debía de conocer la obra del filólogo judío alemán, Viktor Klemperer quien durante los años del nazismo llevó un diario secreto sobre la degeneración de la lengua alemana bajo el dominio de lo que cifró con el acrónimo LTI, es decir, *Lingua Terri Imperii*. Su obra apareció por primera vez en 1946, con el título de *LTI. Notizbuch eines Philologen*. Por otra parte, en los años cincuenta se publicó el diccionario de Dolf Sternberg, Gerhard Storz y Wilhelm E. Süskind, *Aus dem Wörterbuch eines Ummenschen* que analizaba la pervivencia de la jerga nazi tanto en el ámbito escrito como oral, en el uso cotidiano como literario, en los diversos contextos sociolingüísticos de la posguerra.

Alemania. En nuestro caso, el contenido semántico de cada palabra alemana se nos transformó, y finalmente quisiéramos o no, la lengua materna se nos manifestó tan hostil como aquellos que la hablaban a nuestro alrededor. También en este respecto nuestro destino era muy distinto del de aquellos emigrantes que encontraron refugio en los Estados Unidos, Suiza, o Suecia. Las palabras estaban gravadas de una realidad concreta que significaba amenaza de muerte. «De nuevo breñas y valle llenos»⁶ no había una sola palabra que no hubiera podido también pronunciar nuestro asesino justo antes de degollarlos. Tal vez intentáramos ocultarnos en breñas y valle. Pero nos descubrirían a la luz de la calma niebla.⁷ Y ¿es preciso añadir que el plomizo contenido de realidad de la lengua materna, tan oprimiente en el país de exilio ocupado, prolongó terriblemente su dominio y hasta el día de hoy pesa sobre el idioma?

Pero el hecho de que la lengua materna se nos mostrara hostil no hizo de la lengua extranjera nuestra verdadera amiga. Se comportaba y se comporta con reserva y nos recibe sólo por breves visitas de cortesía. Nos pasamos por su casa de visita, *comme on visite des amis*, lo que no equivale a hospedarse en casa de unos amigos. *La table* no será jamás *der Tisch*, en el mejor de los casos se puede comer en ella hasta la saciedad. Incluso ciertas vocales, aun mostrando las mismas cualidades fonéticas que las vernáculos, nos parecían y nos siguen pareciendo extrañas. Y me viene a las mientes que en los primeros días del exilio en Amberes oí a un joven lechero, que repararía

⁶ «Fullest wieder Busch und Tal: primer verso del poema de Goethe *An den Mond* [a la luna], compuesto hacia 1777.

⁷ «im stillen Nebelglanz». Paráfrasis del segundo verso de *A la luna*, cuya primera estrofa completa dice así: «De nuevo breñas y valle/lleños de fulgida niebla, y también de pronto el alma/del todo calmas y aquietas». (trad. de Rafael Canisinos Assensol J. W. Goethe, *Obras completas* I, Aguilar, Barcelona, 1945, p. 822.

su mercancía a domicilio, pronunciar en un holandés con fuerte acento dialectal flamenco, un «Ja» que exhibía justo la misma «a» cerrada, parecida a la «o», empleada en aquella misma palabra también en el dialecto de mi pueblo natal. El «Ja» sonaba familiar y extraño al mismo tiempo, y comprendí, por tanto, que en la otra lengua sólo gozaría de derecho de asilo hasta nuevo aviso. La posición de la boca del joven, cuando decía «Ja», no era la que yo conocía. La puerta, en cuyo umbral había, no se asemejaba a los portones típicos de mi casa. El cielo sobre la calle era un cielo flamenco. Toda lengua se integra en una realidad global, ante la cual, si se quiere acceder al ámbito lingüístico con buena conciencia y paso seguro, es necesario exhibir un derecho de propiedad bien fundado.

He intentado escudriñar e indagar lo que significó la pérdida de patria y de lengua materna para nosotros, que sufrimos exilio durante el Tercer Reich. Pero se impone la pregunta —y el título de mi trabajo reclama una respuesta—, por el significado general que —abstracción hecha de su destino personal— tiene la patria para el individuo contemporáneo. Es evidente que el espíritu de la época no es propicio a este concepto. Quien oye hablar de patrias, piensa inmediatamente en nacionalismo cetril, en reivindicaciones territoriales de asociaciones de refugiados, en reliquias del pasado. Patria ¿acaso no es un valor mortecino, un concepto que aún posee gran carga emotiva, pero que progresivamente se va volviendo más absurdo, una remora de tiempos ya fenecidos, que en la sociedad industrial ya no guarda ninguna correspondencia con lo real? Retomaremos esta cuestión. Sin embargo, antes es preciso aclarar con la mayor brevedad posible la relación entre «Heimat» y «Vaterland»,⁸ pues según una interpretación hartó extendida sería posible

conservar al menos como valor pintoresco el concepto de «Heimat» en su limitada acepción regionalista y folclórica de terruño o patria chica, mientras la noción de «Vaterland» sigue despertando profundas sospechas como tópico demagógico y expresión de tozudez reaccionaria. *L'Europe des patries* suena mal, no es más que una obsesión de un viejo general que muy pronto será licenciado a paso ligero por la providencia de la historia.

Yo no soy un viejo general. No sueño con grandezas nacionales, mi álbum familiar no exhibe militares ni altos funcionarios del Estado. Siento además una profunda aversión contra las «Schützenfesten» [fiestas de tiradores], festivales musicales o bailes de disfraces, soy justo aquello que no hace mucho tiempo, en Alemania se llamaba, de forma peyorativa, una «bestia intelectual», y no me creo libre de tendencias destructivas. Pero puesto que soy un apátrida docto, me atrevo a declararme en favor del valor «Heimat», rechazo la sutil distinción entre tierra natal y patria y creo en suma que el hombre de mi gene-

⁸ como palabra compuesta, significa «país (Land) del padre (Vater)» y en particular desde el siglo XIX, con el florecimiento del nacionalismo alemán, connota el sentido más patriótico de la palabra. Figura también en la letra del himno nacional prusiano. «Heimat», por el contrario, tiene su origen en una voz germánica «Heim», e incorpora la terminación «-at» en el siglo XV. Al igual que su pariente inglés «home», «Heim-lath» alude en principio a la casa u hogar y al pueblo, como ya indica el término gótico hains (Dorf=pueblo) y el griego kóme. Durante la época de la formación de los pequeños Estados europeos se usa como sinónimo de «Vaterland», adquiriendo a partir del siglo XIX y XX su misma connotación emocional e ideológica de cariz nacionalista. Améry considera ambas voces sinónimas: «rechazo la sutil distinción entre Heimat y Vaterland». De ahí que en algunos contextos quepa traducirlas indistintamente por «patria», sin intención retórica o enfática, designando simplemente el país al que se pertenece, «la tierra donde uno ha nacido», como ya la definía el Co-varrubias. Cuando es preciso recoger «la sutil distinción» a la que se refiere Améry vertimos «Heimat» como lugar de origen, tierra natal o incluso terruño y «Vaterland» como nación o patria.

ración no puede salir bien librado si renuncia a esas dos posibilidades que indican una misma cosa. Quien carezca de nación [Vaterland], es decir, quien no se pueda refugiar en un organismo social autónomo que represente una unidad estatal independiente, ése, a mi juicio, carece de patria [Heimat]. «Kde domow muji. ¿Dónde está la tierra de nuestros padres? cantaban los checos, cuando en el estado multinacional de la monarquía austro-húngara no lograban sentir ni encontrar su tierra checa, que no era un estado independiente, ni como patria ni como nación. Cantaban esta letra, porque querían conquistar una nación y, por tanto, hacer realidad su patria. Bien, se puede objetar, pero era la reacción de un pueblo cultural y económicamente oprimido, «colonizado» por la población nacional alemana integrada estatalmente en el seno de Austria. Donde varias naciones [Vationen] con iguales derechos, se unen, por libre decisión, en un comunidad más amplia, pueden conservar su peculiaridad de patria chica [Heimat], manteniendo un particularismo regional y lingüístico, sin tener aún necesidad de una soberanía nacional con forma de Estado. Su «madre patria» será más amplia: una pequeña Europa mañana, una gran Europa pasado mañana, el mundo en un futuro aún incierto, pero que se aproxima a pasos acelerados.

Confieso mi escepticismo. Por una parte, creo haber experimentado, con claridad meridiana, cómo la patria cesa de ser tierra natal, tan pronto como no es al mismo tiempo nación. Cuando mi país perdió su independencia estatal el 12 de marzo de 1938 y fue anexionado al Reich alemán, se me tornó completamente extraño. Los uniformes de los policías, los buzones en las casas, los blasones en las oficinas públicas, muchos escudos ante los negocios mostraban un nuevo aspecto, e incluso los menús de los restaurantes anunciaban otros platos que me resultaban desconocidos. Por otra parte, el «Vaterland» [nación] más vasto pierde su cualidad de «Vaterland» [solar patrio], cuando su crecimiento excesivo sobrepasa los confines de un

espacio aún experimentable como patria chica [Heimat]. Entonces se transforma en un imperio que, como la Unión Soviética y los Estados Unidos, infunde en sus habitantes una conciencia y un exaltado nacionalismo imperialista. Si en un futuro los norteamericanos conquistaran todo el continente, incluidos los Estados latinoamericanos, su conciencia imperial seguiría siendo la misma de hoy. Se trasladarían con sus familias de Nueva York a La Paz, así como hoy día se transfieren de Nueva Inglaterra a Iowa o California, con el orgullo de saber que todo ese inmenso país les pertenece y de que cae bajo la jurisdicción del presidente en la Casa Blanca. En ese hipotético futuro no poseerían una cantidad mayor de «Heimat» y «Vaterland» de la que ya disfrutan en la actualidad, cuando su imperio entre Tejas y Nueva Jersey se manifiesta como organismo social omníbarcante no tanto por el hecho de compartir una lengua común como en el carácter estandarizado de su bienes de consumo producidos por las industrias gigantescas. Donde está la General Motor, allí están su pseudonación y su pseudopatria.

Naturalmente, alguien podría objetar: y si fuese así, ¿qué más da? La pérdida de patria y nacionalidad no supone ninguna desdicha para el ser humano. Al contrario. El hombre crece con el espacio que con naturalidad considera suyo. Para alemanes, franceses, italianos, belgas, holandeses y luxemburgueses, la pequeña Europa en ciernes, que en su acepción tradicional no es ni «nación» ni «patria», ¿no representa ya hoy un patrimonio que les ha tocado en suerte? Dicen moverse con la misma seguridad en Karlsruhe y Nápoles, Brest y Rotterdam. Se figuran estar en la situación del hombre rico que, como tal, goza de libertad de movimiento y decisión, al que ya pertenece el mundo: los jets, ciertamente, le conducen más rápido de París a Tokio, de Nueva York a Toronto, de lo que, apenas hace cuarenta años, me transportaba un tren ómnibus desde Viena a un pueblo del Tirol. El hombre moderno canjea la patria por el mundo. ¡Menudo negocio!

La belle affaire! Pero no es necesario ser precisamente un oscurantista romo y recalcitante para mostrarse también aquí escéptico. Pues al canjear aquello que ayer se llamaba «patria» por un cosmopolitismo de segundo orden, muchos desoyen el refrán que dice: más vale pájaro en mano que ciento volando. Hay quien cree que por viajar en un pequeño utilitario de FÜRTH a La Costa Azul para, una vez allí, encargar *dux Martinis* en la terraza de un café, se convierte de inmediato en un cosmopolita de la segunda mitad del siglo que se ha embolsado el beneficio del trueque entre patria y mundo. Pero si enferma y el *médicin* le prescribe un remedio local, le asaltan sospechas hipocodníficas sobre la farmacología francesa, y comienza a suspirar por la casa Bayer y su Herr Doktor. Los conocimientos mundanos y lingüísticos superficiales, obtenidos mediante el turismo y los viajes de negocio, no compensan por la pérdida de patria. El canje resulta dudoso como negocio.

Sin embargo, con ello no queremos decir que las generaciones venideras no puedan y deban arreglárselas muy bien sin patria. Lo que el sociólogo francés Pierre Bertaux ha denominado la mutación del ser humano, es decir la asimilación psíquica de la revolución científico técnica, es inevitable. El nuevo mundo será mucho más radicalmente *unno* de lo que el más osado sueño de una gran Europa se pueda imaginar actualmente. Los objetos de uso cotidiano, que actualmente todavía cargamos con un valor emocional, se volverán fungibles en su totalidad. Los urbanistas americanos ya están pensando en transformar en un futuro la casa en un bien de consumo. Se oye decir que a intervalos de veinte a veinticinco años se explanarán barrios enteros y se reconstruirán de nuevo, puesto que las rehabilitaciones de los edificios casi no merecerán la pena, como ya ocurre hoy día con la reparación de ciertos automóviles. Pero ¿cómo será posible en un mundo así formar todavía el concepto de patria? Ciudades, autopistas, estaciones de servicio, muebles, electrodomésticos, platos y cucharas serán iguales por do-

quier. Cabe pensar que incluso la lengua del mundo futuro será el instrumento de comunicación puramente funcional, que es ya en la actualidad para el científico de la naturaleza: los físicos se comunican mediante el lenguaje matemático, mientras que para el *cocktail-party* de la tarde bastará un poco de *basic english*. El mundo futuro en vías de gestación excluirá ciertamente la patria y tal vez la lengua materna y sólo les consentirá una supervivencia marginal como objeto de doctas investigaciones históricas.

Sin embargo, todavía no hemos llegado tan lejos. Aún falta tiempo. Lo que llamamos «patria» todavía nos abre el acceso a una realidad, que para nosotros consiste en la percepción sensorial. A diferencia del físico, que no reconoce la realidad en la amplitud de oscilación de un péndulo, sino en una fórmula matemática, dependemos del sentido de la vista, del oído y del tacto. Necesitamos—y tal vez no hablo sólo en nombre de mi propia generación ya declinante, que debe de rondar la cincuentena—vivir en medio de cosas que nos cuentan historias. Necesitamos una casa cuyos previos habitantes nos sean familiares, un mueble en cuyas pequeñas irregularidades reconoczamos al artesano que lo ha labrado. Necesitamos una ciudad cuya faz despierte al menos vagos recuerdos de un viejo grabado visto en un museo. Para los urbanistas del mañana, pero no sólo para ellos, sino también para los habitantes que se asentarán cada vez más sobre simples puntos topográficos, la realidad de una ciudad se reducirá a un conjunto de tablas estadísticas que anticipan la evolución demográfica, a una serie de planos urbanos y proyectos de nuevas calles. Pero nuestra conciencia, en su totalidad, percibe la realidad urbana todavía a través del ojo —la querida ventanita del viejo Gottfried Keller— y la elabora en un proceso mental que denominamos *recordar*.

Recordar. He ahí la palabra clave, y nuestras reflexiones retornan espontáneamente a su objeto principal: a la pérdida de patria que sufre el desterrado por el Tercer Reich. Ha enveje-

cido, y en un lapso de tiempo que ahora ya se cuenta por décadas, se ha visto obligado a aprender que la herida infligida no es de las que cicatrizan con el paso del tiempo, sino que padece una insidiosa enfermedad que se agrava con los años?

Pues la vejez nos hace cada vez más dependientes del acuerdo del pasado. Cuando retorno a los primeros años del exilio, me percató de que ya en aquel tiempo extrañaba mi hogar y añoraba el pasado, pero también me acuerdo de que la esperanza compensaba hasta un cierto grado ambos sentimientos. Quien es joven, se concede a sí mismo aquel crédito ilimitado que normalmente el entorno también le acuerda. Él no sólo es el que es, sino también el que será. Heme ahí con cincuenta marcos, perdido en la cola de los menesterosos, heme ahí acullado en el vagón de los deportados, absorbiendo a cucharadas mi sopa de un bote de conservas. No era capaz de definirme con precisión, porque se me había confiscado pasado y futuro, porque no habitaba en una casa, sino en un barracón de tal y tal número, porque tenía además un segundo nombre, Israel, que no me habían puesto mis padres, sino un hombre llamado Globke. No me beneficiaba. Pero tampoco era letal. Pues sí no un pasado y un presente descriptibles, era, en cualquier caso, un futuro: quizás un hombre, que asesina a un lugarteniente general, quizás un obrero en Nueva York, un colono en Australia, un autor que escribe en francés en París, un *clochard* que se regala en la orilla del Sena con un guardiente de mala muerte.

⁹ En la obra de Améry, definida por él mismo como «una novela ensayística autobiográfica», la reflexión sobre la condición de exiliado y torturado se entrelaza con la meditación sobre la vejez y el suicidio, es decir, con situaciones límite que provocan autoextramamiento. Cf. Jean Améry, *Sobre el envejecer. Rebelión y resignación* (1968), de próxima publicación en Pre-Textos y *Levantar la mano sobre uno mismo. Discursos sobre la muerte voluntaria*, Pre-Textos, 1999, [n.º 378], ambas traducciones a cargo de Marisa Siguan y Eduardo Aznar.

Pero quien envejece, agota su crédito. Su horizonte se estrecha, su futuro pierde fuerza y certeza. Es sólo el que es. Lo venidero no le circunda más y por ello ni siquiera se encuentra en él. No puede invocar una evolución. Muestra al mundo un ser desnudo. No obstante, puede subsistir si, equilibrado en ese ser reposa lo pasado. Ah, vea, dice el anciano, cuyo ser sin futuro contiene un ser pasado no desmentido socialmente, ah, vea, tal vez sólo repare en el pequeño contable, el pintor mediocre, el asmático que sube jadeando las escaleras. Ve aquello que soy, no aquello que era. Pero también aquel que *he sido* integra mi yo, y puedo asegurarle por mi honor que nuestro profesor de matemáticas había depositado grandes esperanzas en mi persona, que mi primera exposición recibió brillantes críticas, que era un buen esquiador. Incluye, por favor, todo esto en la imagen que se hace de mí. Concédame la dimensión de mi pasado, de lo contrario permanecería incompleto. No es verdad o en cualquier caso no es del todo verdad que el ser humano sólo sea lo que ha realizado. No es totalmente cierto lo que alguna vez ha dicho Sartre, a saber: que para una vida que se acerca a su fin, el final es el comienzo de la verdad. ¿Ha sido una historia miserable? Tal vez. Pero no lo fue en todos sus estadios. Mis potencialidades de antaño pertenecen a mi persona tanto como mi posterior fracaso o mis insuficiencias. Me he recogido en el pasado, es el retiro donde me refugio. Vivo en paz con él; gracias, no me va mal allí. Tales son aproximadamente las palabras de aquel que no ha perdido su derecho al pasado. El desterrado del Tercer Reich no pronunciará jamás semejantes palabras, ni siquiera las podrá pensar. Vuelve la mirada hacia atrás—puesto que el futuro es algo que sólo sale al encuentro de los más jóvenes y, por ende, sólo les corresponde de derecho a ellos—, y no se entrevé en ningún lugar. Yace irreconocible entre las ruinas de los años que se extienden desde 1933 hasta 1945. Y no desde hoy. Me acuerdo todavía muy bien de aquellos judíos comerciantes simples de espíritu, que al princi-

pio del exilio, mientras poblaban las antenas de consulados exóticos, apelaban a una posición social que acababan de perder en Alemania. Uno había sido dueño de una gran casa de confección en Dortmund, otro propietario de un reputado negocio de porcelana en Bonn, un tercero había desempeñado el cargo de consejero de comercio y era miembro del Tribunal Comercial. Se les bajaron los humos y agacharon la cabeza sin rechistar en compañía de aquellos otros que jamás habían tenido entre sus manos un billere de mil marcos. Comprendieron con sorprendente celeridad que los clientes de Dortmund y Bonn, en 1933, habían anulado todos sus pedidos. Su pasado como fenómeno social había sido cancelado por la sociedad; en tales circunstancias resultaba imposible conservarlo siquiera como patrimonio psicológico subjetivo. Y cuanto más envejecían, tanto más dura se les tornaba la pérdida, aunque luego volverían a comerciar lucrativamente con ropa y porcelana en Nueva York y Tel Aviv, lo que, dicho sea de paso, consiguió sólo un número relativamente ínfimo de ellos.

Para más de uno empero no se trataba de mercancías, sino del etéreo capital del espíritu, y en tales casos la pérdida del pasado trajo consigo la desolación total del mundo. Sólo quienes en el momento de su destierro eran ya ancianos no se dieron cuenta cabal de los hechos. En el *campo* de Gurs, en el Sur de Francia, donde estuve internado un par de meses en 1941, se encontraba también preso, a la sazón, con casi setenta años, el poeta Alfred Mombert, de Karlsruhe, en su tiempo ya famoso, que escribió a un amigo:

Todo en mí es un continuo desagüe, como provocado por una gran tromba de lluvia... Me he visto obligado a dejar todo atrás, todo. Mi casa sellada por la Gestapo. Sólo nos permitían llevar con nosotros la ridícula suma de cien marcos. En el intervalo de algunas horas nos condujeron a la estación, con mi hermana de 72 años y con toda la población judía de Baden y del Palatinado, incluidos lactantes y an-

cianos provecísimos, después el transporte vía Marsella, Toulouse hasta los Bajos Pirineos en un gran *campo* de internamiento... ¿Sabes si alguna vez le ha pasado algo semejante a un poeta alemán?

De todas estas líneas casi insoportables sólo nos interesan la primera y la última frase: entre ambas hay una contradicción, que contiene toda la problemática de nuestro exilio y cuya solución no era exigible a este anciano que murió en Suiza un año después de haber escrito tal carta. Todo se desaguaba como arrastrado por un gran aguacero, esto es exacto. El pasado del poeta neorromántico Alfred Mombert, autor del volumen *Der himmlische Zecher*, se desaguó del mundo el día en que el septuagenario llamado Alfred Israel Mombert fue deportado de Karlsruhe y no se alzó ninguna mano en su defensa. Y sin embargo, tras haber acontecido lo irreversible, se definió como un «poeta alemán». En el barracón de Gurs, hambriento, atormentado por parásitos, tal vez brutalizado por un ignorante gendarme del régimen de Vichy, le fue totalmente imposible comprender aquello para lo cual muchos de nosotros necesitamos años de reconcentrada meditación e indagación: que para ser reconocido como poeta alemán no sólo se han de componer versos en lengua alemana, sino que además se debe crear *para* alemanes, para satisfacer su explícito deseo; que, cuando todo desagua, también se pierden los últimos vestigios del pasado. La mano que no se alzó en ayuda del anciano es responsable de su execración. Los lectores coetáneos que no protestaron contra su deportación contribuyeron a deshacer sus versos. Cuando redactó la trágica carta, Mombert ya no era un poeta alemán, así como el consejero comercial había dejado de ser tal, cuando iba al comité de socorro en busca de un viejo abrigo. Para conservar nuestra identidad, necesitamos el consenso de la sociedad. Pero si la sociedad desmiente que lo hayamos sido jamás, entonces nunca lo hemos sido. Mombert no era poeta alemán en el barracón de Gurs: así lo había que-

rído la mano que no movió un dedo cuando lo deportaron. Murió sin pasado –y sólo nos queda la esperanza de que muriese relativamente en paz por no saberlo.

Que todo se desaguaba como arrastrado por un aguacero fue un hecho que sólo pudieron experimentar a fondo quienes sobrevivieron al Tercer Reich y dispusieron de tiempo para elaborar su propia experiencia. Como muy tarde, lo comprendieron el día en que por primera vez se sintieron envejecer. Se envejece mal en el exilio. Pues el ser humano necesita patria. ¿Cuánta? Se sobreentiende que era una pregunta espuria, no más que una expresión ingeniosa para titular un capítulo, cuya validez es discutible. La necesidad humana de patria no es cuantificable. Y sin embargo precisamente en estos días en que la patria pierde reputación se ha intentado con ahínco responder a esta pregunta puramente retórica diciendo: necesita mucha patria, en cualquier caso más de lo que se puede imaginar un mundo de ciudadanos con patria, cuyo máximo orgullo consiste en el placer de unas vacaciones cosmopolitas. Hay que guardarse de un patetismo inadmisibles, que nos haría descender desde la esfera reflexiva al sentimentalismo. Se nos viene a las mientes Nietzsche, sus cuervos graznadores, cuyas alas rumorosas alzan el vuelo hacia la ciudad y la nieve invernal que se cierne sobre el solitario. «¡Ay de aquel que carece de hogar!»,¹⁰ dice el poema. No nos gusta su patetismo; de ahí que repitamos las evocaciones líricas.¹¹ Queda la más sobria de las constataciones: no es bueno carecer de patria.

¹⁰ Alméry cita los célebres versos de «Vereinsamt»: «Weh' dem, der keine Heimat hat!».

¹¹ Tal vez haya aquí una alusión a Gottfried Benn, cuyo ensayo *Problematik de la poesía* [1930] concluía precisamente con una cita de estos mismos versos de Nietzsche. Cf. G. Benn, *El yo moderno*, Pre-Textos [Colección Textos y Pretextos n.º 413], Valencia, 2000, pp. 54-55.

RESENTIMIENTOS

Algunas veces ocurre que en verano viaje por un país floreciente. Huelga mencionar la limpieza modélica de sus grandes asentamientos urbanos, de las idílicas villas y pueblos, recomendar la calidad de las mercancías, elogiar los productos artesanales trabajados con industria y maña o la impresionante combinación de modernidad mundana y conciencia histórica soñadora que se manifiesta por doquier. Todo esto ya forma parte de la leyenda y es motivo de entusiasmo para el mundo. Permitásenos sobrevalorar este punto con un par de alusiones. Las estadísticas muestran también que al hombre de la calle le va bien la vida, como es deseable que le vaya a todos los hombres en el mundo: hecho que desde hace mucho tiempo se considera ejemplar. En cualquier caso, he de confesar que no logro entablar una verdadera conversación con las personas que me encuentro en las autopistas, en los trenes o en los foyer de los hoteles, por muy cortés que sea su comportamiento; no soy, por tanto, capaz de formarme un